

24
ARRIGHI

ALBERTO
DALLAL

EL MITO Y LA CRITICA

Cuando cabalmente logramos *entender*, mediante la reflexión, las causas y las razones de un fenómeno o de un suceso, de manera automática nos alejamos, eludimos o dejamos invalidada la oscuridad del nivel mítico. Si comprendemos científicamente el desarrollo de un fenómeno, ¿para qué seguir alimentando nuestra razón de mera sensibilidad, de ese campo de la mente del hombre que se vincula principalmente con lo desconocido, con lo inexplicable, con el misterio? Sin embargo, las ideas del siglo XX se han embrollado o desarrollado en tal magnitud y proporción que no pueden sino aceptar el impulso poderosísimo de una dinámica universal que antes despreciaban: los acontecimientos. Hoy se razona, más que antes, en términos de "realidad objetiva". Hoy el hombre busca comprobar lo que ya sabe sometiendo al mundo que lo rodea a las pruebas directas; así, la naturaleza de la realidad, sea ésta social, política, económica o artística, aparece a los ojos del hombre del siglo XX como un campo de experimentación, como una entidad "comprobable" o empírica. Las ideas y los hechos deben armonizar, en toda su magnitud, con su realidad *real* y por lo menos con una parte de sus reflejos: los pensamientos, conceptos, ideas y definiciones que el hombre ha logrado acumular a través de la historia.

No obstante, los acontecimientos resultan tan complejos, múltiples y vertiginosos (y la realidad y fuerza de sus orígenes nos resultan en ocasiones tan inaccesibles) que nos vemos obligados a acogernos a nuestras más inesperadas percepciones, a nuestras sensaciones más inverosímiles, para percibirlos. En el plano de la cultura (así: cultura, en general), se han "abierto" percepciones recónditas e inesperadas, "subconscientes", que se refieren siempre al mito, o al menos a una idea o imagen mítica que todos los pueblos de la Tierra aplican o "ponen en marcha" sólo en la medida en que sus objetivos lógicos y teóricos, sus "conocimientos", alcancen un límite; según su "capacidad de discernimiento científico" aviste un obstáculo.

Así, ante el resurgimiento de variadas formas de análisis no codificado o clasificado (esoteria, misticismo, interpretación "cibernetica", sensualismo, captación extrasensorial, parapsicología, astrología, etc.), la mentalidad de algunos grupos humanos contemporáneos (principalmente de las clases medias intelectuales no adscritas a los movimientos revolucionarios) intenta captar y "calificar" la realidad mediante nuevos procedimientos. En general, este tipo de aproximaciones al entendimiento de la realidad indica angustia por saber cuál es la orientación, el camino, el curso de los acontecimientos. Pero asimismo estas actitudes se refieren a un tajante menosprecio a los conductos abiertos por las ciencias, el arte y los movimientos político-sociales más revolucionarios de nuestra era. Ante la "desocialización" (cientifización) y vulgarización de las ideas (por ejemplo, las ideas marxistas del cambio social), algunos grupos intentan la huida hacia una supuesta

originalidad. A una supuesta "elementalidad" en la explicación marxista de la historia y la sociedad, estos grupos oponen un prurito de misitificación y sofisticación que (si bien interesantes como objetos de estudio) reaniman algunas posiciones reaccionarias y francamente retrógradas.

En el ejercicio de la crítica, estas fuerzas o impulsos se manifiestan, quiéralo o no el ejercitante, cuando el análisis "reflexivo" no abarca todas las fases que se afirman en torno a la ubicación, a la naturaleza, al origen o al desarrollo de una obra. Debemos siempre partir del supuesto de que el crítico no necesariamente domina toda el "área de acción" de la obra u obras o tendencias que analiza, y de que al carecer de un método específico de indagación crítica requiere de un instrumento adecuado para describir el hecho, la obra o el fenómeno de su análisis. Este instrumento puede ser lo que denominamos simple y llanamente *sensibilidad*, aunque la operatividad de dicho instrumento sólo resulte "intachable" en los parámetros propios del proceso creativo. Este crítico, sin ser el dominador de esa "ciencia crítica" (metodología sistematizada, aplicada, experimentada) podrá aportar lo suyo si reconoce de antemano que en su aprehensión del objeto de estudio y su análisis sobre él persistirá un reconocimiento de que se sigue un camino "sensible", auténtico, que es posible mostrar sin falsas caídas intelectuales. En este sentido, nosotros, lectores, estaremos frente a una crítica no "especializada", y no obstante operativa, de la misma manera que cualquier individuo puede hallarse ante alguien (un dirigente, un amigo, un compañero) que explicará a la sociedad y el mundo según sus propias (más precisas) percepciones.

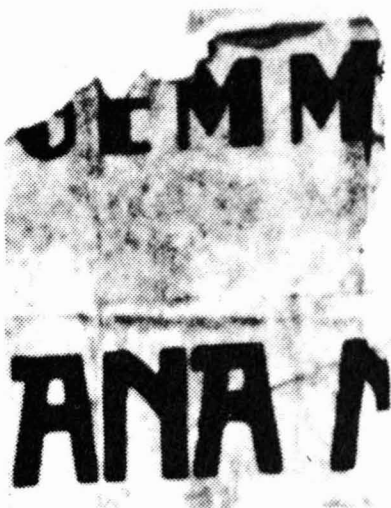
Debemos aceptar que dentro de nosotros, como en la mentalidad del "sensible" crítico, ya existen elementos culturales eficientes desde el momento en que nos acercamos a la crítica —como concepto o como ejercicio— para entenderla y desarrollarla. Este impulso, esta fuerza interna que nos une a la obra, que nos obliga a acercarnos a ella, que nos inquieta, nos ofrece por lo menos una certeza: su propia existencia. De ella podemos partir para desembocar en el esclarecimiento y posiblemente en la definición. Podemos, pues, partir de una energía, de una actitud, de una disposición, para arribar —tal vez— al entendimiento, a un tipo de razón que, metodológicamente hablando, podemos considerar como primer paso para abarcar el conocimiento científico.

Ahora bien, no se encierra en todas estas elucubraciones un cierto malabarismo engañoso. Al hablar de impulso mítico, de mito, le asigno el criterio de que existe una "tradición ingenua", un mundo rico y perdurable que la mente del hombre ha percibido y utilizado en diversas etapas de la historia de la humanidad; una capacidad de percepción colectiva que ha hecho actuar a la gente y que la ha conducido a la plena concientización. Este mundo —o "submundo", si hemos de aplicar una terminología estrictamente



científica— ha sido avistado y penetrado con lucidez por pensadores como Freud y Jung, descrito y especificado por ensayistas de la talla de Ernst Cassirer y Erich Kahler,¹ según los cuales existe una forma “mitológica” de actuar y de ver las cosas y fenómenos de la realidad, una etapa “mitológica” de la historia en que la “mitología era una forma de vida y de conducta”. A los mitos y actitudes míticas podemos acudir porque, según nos parece, en los tiempos que corren cada uno de nosotros lleva sus mitos auestas, carga con ellos hasta el momento preciso en que la experiencia, la realidad (con sus fenómenos y acontecimientos) y nuestra propia capacidad de discernimiento nos insertan en la explicación racional, en la plena conciencia, en el razonamiento, en el logos. Aparentemente, en este punto surge una contradicción: mito versus pensamiento científico. Sin embargo, sabemos que aun en la etapa histórica actual, el conocimiento científico no es patrimonio colectivo sino sólo en lo que respecta a una *suma de conocimientos*. Es decir: la ciencia, el arte, la tecnología de hoy no constituyen una propiedad social ni sus respectivos campos configuran una metodología del *discernimiento colectivo*, que significaría la “concientización de la actividad colectiva”, la cual sólo sobreviene en aquellos momentos en que se agudiza la acción revolucionaria. En este sentido, debemos estar conscientes de que utilizar una energía, un impulso (sensibilidad, tendencia ritual, percepción mitológica) para arribar al conocimiento del mundo y sus objetos, no significa lo mismo que identificarse, acatar, supeditarse a la simbología mítica como límite de la explicación de este mundo y estos objetos. En lo que se refiere al desarrollo de la crítica, se trata, entonces, de utilizar un rudimentario instrumento del conocimiento para aplicarlo, desarrollado, a la capacidad colectiva del conocimiento sensible individual o social. Aún más: incluso los “sistemas de ideas” se hallan rodeados muy frecuentemente de un aura mítica que los hace inaccesibles para los especialistas e interesados. La crítica actual, de esta situación, intenta ir a la raíz del fenómeno, del acontecimiento, de la obra, para “limpiarla”, para hacerla clara, para “uniformizarla”.² En una palabra, la tarea de la crítica actual consistiría en insertar el mito en la conciencia colectiva para “cientifizarlo” y al final superarlo. A cualquier tipo de actitudes míticas podemos recurrir porque, además de ser una realidad en el mundo actual, en las sociedades actuales, estamos más que obligados a prestarle atención a nuestros propios impulsos por alcanzar el conocimiento si no queremos permanecer inmersos en la irracionalidad o en la ignorancia ante una realidad muy compleja o complicada, muy llena de acontecimientos y obras y secuencias y etapas y movimientos vertiginosos.

Así pues, puede entenderse con claridad que no estoy hablando de magia, sino de un método que, como lectores o críticos, podemos ir construyendo paulatinamente a partir de nuestros propios impulsos, de nuestras propias búsquedas de entendimiento,



de nuestras propias fuerzas hasta ahora ocultas.

El lenguaje y la cultura como mitos

Vivimos inmersos en la cultura y en el lenguaje sin darnos cuenta de ello. Nuestro lenguaje y nuestra cultura particulares ya están "hechos" en el momento en que nos son transmitidos. Nosotros sólo obedecemos el impulso (necesario) de asimilarlos y prolongarlos. A la cultura la "percibimos" sin que de nuestra parte exista una noción precisa de cuáles son sus orígenes y contradicciones, sus peculiaridades, sus corrientes, sus obras, sus defectos, sus posibilidades. Nuestras nociones de la historia, la naturaleza, los orígenes y la trayectoria de nuestra cultura son casi siempre elementales y nos cuesta trabajo y esfuerzo, atención, ubicarlas en nuestro conocimiento. Lograr esto implica un despliegue de esfuerzos intelectuales. Creemos que sólo los especialistas, los estudiosos, los intelectuales deben y tienen una idea precisa del desenvolvimiento de la cultura. Si a estas circunstancias añadimos el rápido desarrollo de la ciencia, la tecnología y la obra de arte, entenderemos por qué la cultura se nos aparece como un mito, como un cúmulo de sensaciones complejas y en ocasiones confusas que nos hieren la vista, el oído, el tacto, el cuerpo mismo, pero que a la postre sólo "se muestran" a nosotros y permanecen alejadas, fuera de nuestros alcances.

De la misma manera, tendemos a pasar por alto otra peculiaridad de la cultura actual, regional o internacional: la aparición de élites, de super-especialistas en cuestiones culturales, de ideólogos, de por así decirlo "dirigentes" de la cultura. En la época actual, la cultura tiene mucho de "percepción generalizada" y los secretos y conocimientos particulares parecen apoyarse en grupos o individuos aislados que afirman y predicán lo que es y debe ser, el ser y el deber ser de la cultura. Al lego, al consumidor común y corriente, sólo le queda aceptar y asimilar mecánicamente lo que otros han "trabajado" con tanta asiduidad. Sólo en términos políticos e ideológicos (¿a quién representa, a qué grupo de poder encumbra tal obra, tal hecho, tal hacedor de cultura?) es posible ejercer y manifestar una crítica de la cultura que sitúe y confronte, que esclarezca y cuestione.

Al lenguaje lo manipulamos, lo utilizamos sin conocerlo, sin sentirlo como parte de nuestro existir reflexivo, cuando es a través del lenguaje que nos comunicamos con los demás y hacemos nuestra la información que creadores y dirigentes nos muestran o nos transmiten. En cierta forma, el lenguaje está presente, dentro de nosotros, en todo momento; forma parte de las funciones que cotidianamente ejercemos en nuestros trabajos y en nuestros ocios, en nuestros afectos y en nuestros problemas. La acción del lenguaje es, por fortuna, simultánea a la de la existencia e incluso las impresiones y las experiencias que recibimos a través de

conductos distintos a él, deben ser traducidas, pensadas, en términos de lenguaje. Tanto la conciencia reflexiva (razonada, racional, estabilizada) como la conciencia mítica (religiosa, meramente sensible) se configuran definitivamente, en el lapso que le toca a cada una de ellas existir, a través del lenguaje.³ Será culpa nuestra que no utilicemos el lenguaje para entender la realidad (o nuestro objeto de estudio) y sí para confundirla con él; que no aprovechemos su "capacidad de reflejo" (reflexión) y sí su acción mitificadora.

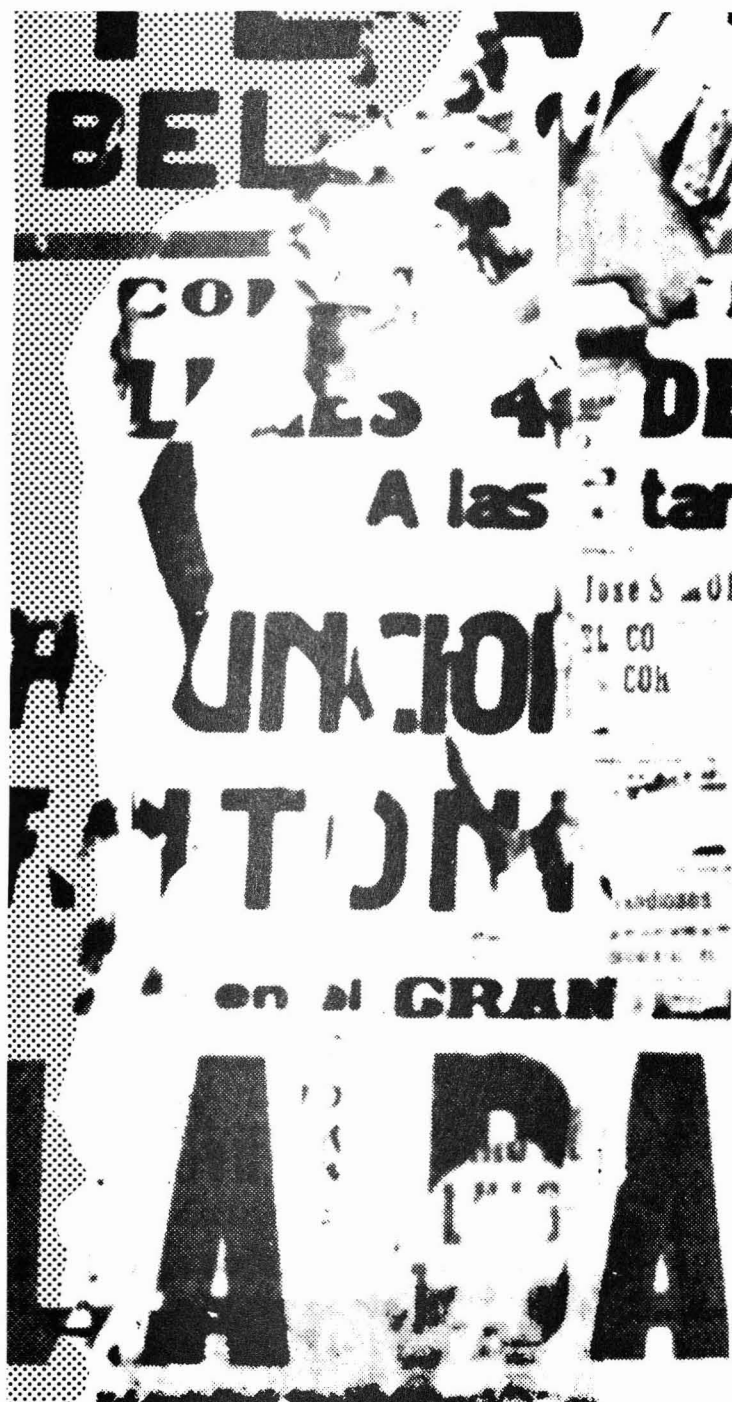
Por tanto, resulta fácil comprender que formamos parte y nos mantenemos inmersos en dos mitos fundamentales o, más bien, en dos zonas que consideramos míticas a falta de una explicación racional, científica de ellas: la cultura y el lenguaje. Pero como sucede con el desarrollo mismo de las relaciones artísticas, científicas, intelectuales, la manipulación de estos mitos se halla en manos de un sector reducido de la sociedad, de la misma manera que las relaciones de producción, del comercio y de la economía, se hallan sujetas a los designios de unas pocas personas que poseen precisamente un aparato productor y distribuidor de los bienes objetivos y sociales. Es decir: aun los mitos se nos ofrecen en los aspectos que más convienen y que escogen sus dueños. En el contexto de la relación cultura-lenguaje, sobreviene una liturgia parecida a los procedimientos del rito religioso: hay ofrecimientos para el grupo de fieles sojuzgados, pero los fieles participan pasivamente en los servicios. Lo mismo podríamos aducir en lo que se refiere a la crítica: especializada o no, auténtica o no, la observamos alejada de nuestra propia cultura y de nuestro propio lenguaje sin saber que el tiempo habrá de calificarla en forma aún más intransigente que la utilizada por ella en torno a la obra o el suceso.

Debemos adquirir plena conciencia (y responsabilidad) de que aun en sus rasgos míticos, la cultura y el lenguaje nos pertenecen y podemos acercarnos a ellos, asimilarlos, aprehenderlos y utilizarlos como instrumentos que nos aproximan al conocimiento, a la verdad y, simultáneamente, a la oportunidad de ejercer la crítica y a través de ella el cambio del *statu quo*:

La crítica como actitud

La crítica es, antes que nada, una actitud implícita a la existencia. No podríamos actuar ni tomar medidas con respecto a múltiples fenómenos, a múltiples experiencias, si dentro de nosotros (o en la superficie de nuestros cuerpos, a veces a flor de piel) no existiese esta actitud. En el plano del lenguaje y de la cultura, la actitud crítica actúa incluso sin que nos percatemos de ello, de la misma manera que ante una situación social dada los individuos y los grupos actúan, según se dice, por sensibilidad, instintivamente. (En el plano del lenguaje, ¿no sobrevienen *lapses*, aparentes equivocaciones, que nos ponen en guardia ante la realidad y nos informan





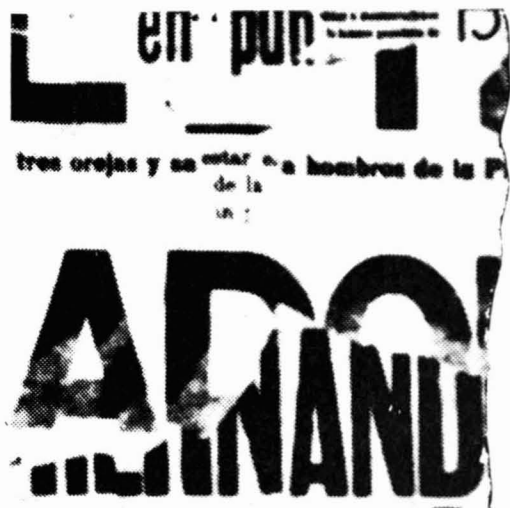
de una "crítica" que proviene de nuestro ser interior, del inconsciente?) En igual forma, nuestro "ser mítico" nos inserta en la cultura a través de inclinaciones por tal o cual obra o actividad, por una preferencia "x" que nos llama a atender cierto aspecto del hacer cultural y no otro distinto. Este fenómeno, nuestra inclinación, es ya una actitud crítica, pues si indagamos a fondo las razones, las causas de tal preferencia penetraremos de lleno en el plano de la crítica racional, ese tipo de crítica que, sistematizada en sus procesos y peculiaridades, ha sido configurada como *corpus* en las distintas actividades, acciones y disciplinas de la vida social e intelectual del hombre a lo largo de su historia.

La crítica como tránsito al conocimiento

Ahora bien, nosotros no nos atrevemos a llamarle "crítica" a este acto de selección. Sin un sistema hecho, acabado, relacionamos nuestro impulso mítico con respecto al lenguaje y a la cultura, pero carecemos de una meta más alta que es la de alcanzar una máxima concientización en el campo de nuestras selecciones e inclinaciones. La aceptación de este proceso podría aportarnos un valiosísimo material que sólo en nivel resulta diferente al que manejan los críticos especializados y los profesionales de algunas disciplinas y actividades. Lo mismo podríamos decir con respecto al lenguaje. Aunque en su generalidad lo observamos como un elemento mítico, o sea: como totalidad, cada uno de nosotros posee ya un lenguaje propio, un lenguaje que permite reflexión y comunicación, un lenguaje que hemos seleccionado inconscientemente a través de nuestra existencia, de nuestro trabajo, de nuestras elucubraciones, de nuestras pláticas y disertaciones. Si cada hombre descubriera en sí mismo las características de su propio lenguaje y asimilara el lenguaje de los demás, enriqueciendo el suyo, no haría otra cosa que ampliar y profundizar la acción de la comunicación colectiva; no haría otra cosa que seguir el trayecto repetitivo y dialéctico (en todos sentidos) que ha sido común a la literatura y a su historia. Aunque mito, el lenguaje es trascendencia. El lenguaje escrito, las palabras escritas, en mucho han participado en la dialéctica de esta trascendencia: en la ineludible acción de romper el monolitismo de una cultura diseñada y construida a base de símbolos políticos, históricos y sociales que ante la realidad de los hechos pierden vigencia y plantean un enorme vacío cultural y político.

La crítica como selección

Ahora bien, a cada hombre le llama la atención un sector dado de esa verdadera mitología que es la cultura, esa cultura que, a su vez, constituye un mito. Si cada individuo prestara atención a esta selección (natural, espontánea, inconsciente, primero; razonada,



después) se daría cuenta paulatinamente de que en su esfera de acción particular hace concretos los problemas generales de su cultura y de su lenguaje. Es decir: escoge un área del pensamiento que le es familiar y que guarda correspondencias con esa totalidad mítica, cultural, social, en la que permanece inmerso. Si, como hemos dicho antes, esta selección significa ejercitar una crítica, ese hombre, que ahora se preocupa por un elemento concreto, no hace sino cuestionar al mundo específico en que le ha tocado vivir. Asimismo, aunque se detenga a meditar, aprehender y entender casos particulares, no hace sino desarrollar (repito: aun inconscientemente) la misma raíz del devenir cultural, pues estará alimentando un sistema en movimiento, un mundo que se crea y que se recrea precisamente en base a estos actos individuales y colectivos que, en apariencia, hacen surgir algo de la nada, hacen que algo que no existía antes (acciones, ideas, obras, libros) exista ahora, una vez echadas a andar con libertad y con sistema esas fuerzas a veces no tan ocultas ni misteriosas a las que nos hemos referido al hablar de los mitos. Si se quiere, este hombre estará ampliando la influencia de los mitos o estará acatándolos (esa acción de ampliar o de erradicar dependerá de sus capacidades, de sus conocimientos, de sus *praxis* particulares), pero de todas maneras, también estará ejerciendo una función que casi siempre se permite sólo a una élite organizada, a un *corpus* ya configurado, a los especialistas; una función que, selectiva, no siempre recibe el nombre de crítica; una función, por último, que lleva en las entrañas la inquietud de la lucidez, la inclinación por el pensamiento científico.

Dos extremos

La crítica, como ejercicio vivo, debe estar atenta de dos aspectos-límite ¿debiera decir limitaciones? de la palabra impresa del lenguaje en letra de molde. Estos dos aspectos configuran las fronteras del espacio de la objetividad, espacio tan indispensable para la crítica seria y profesional. Por otra parte, son los límites de nuestra visión total o totalizadora antes la hemos calificado de mítica— del lenguaje y, por extensión, de la cultura. Estos dos aspectos los denominaremos *lo provisional* y *lo providencial* de la palabra escrita, del texto impreso.

El texto como elemento provisional

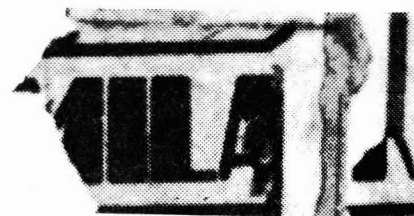
El carácter provisional de la palabra escrita no es sino la condición de temporalidad que le asignan las condiciones objetivas de la realidad (o sea: las circunstancias históricas concretas en que el texto se produce y queda reproducido), o bien la temporalidad que le asigna su redactor o lector en base a una actitud subjetiva, consciente o inconsciente, que se relaciona con la selección natural, espontánea, crítica en el sentido más amplio del adjetivo, que conllevan los actos de redactar o de leer un texto dado. En el

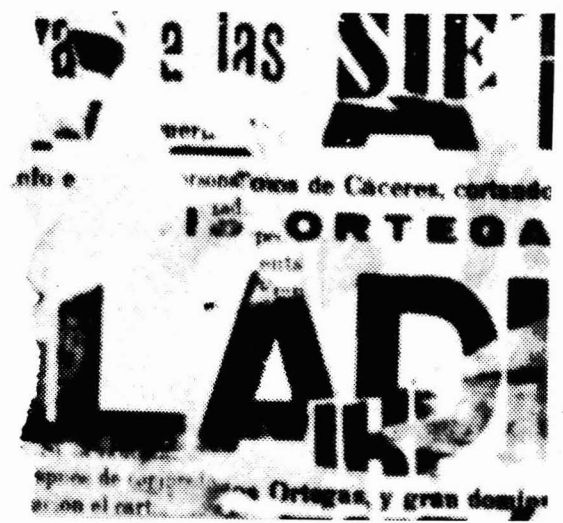
primer caso, lo provisional de un texto depende de las funciones específicas que debe desempeñar, las tareas particulares, concretas, que debe desarrollar al ser redactado; o sea: los objetivos concretos que el texto intenta alcanzar. La temporalidad (por así decirlo, el período de vida) de un texto informativo (por ejemplo, un boletín de prensa, un anuncio, un artículo noticioso, etc.) resulta más o menos prolongada de acuerdo con la importancia del acontecimiento, fenómeno o circunstancia que ha obligado a alguien (un redactor de periódico, por ejemplo) a escribirlo. Si el suceso resulta contundente en la realidad social o histórica, el texto informativo recibirá un mayor grado de atención de uno, varios o muchos lectores y su vida y su vigencia se alargarán obedeciendo a esa necesidad de información que la gente plantea ante esa situación dada. En el segundo caso, la temporalidad de un texto queda relacionada estrechamente con un determinado valor que le conceden el redactor o el lector de acuerdo con sus intereses mediatos o inmediatos y de acuerdo, también, con la influencia que ejercen los mismos acontecimientos sobre el individuo que entra en contacto con el texto. Así, por ejemplo, si una noticia informativa se refiere a un acontecimiento o fenómeno que por razones circunstanciales atañe directamente a una persona determinada, ésta le conferirá mayor importancia al texto, lo analizará, lo interpretará e incluso lo guardará hasta el momento en que la noticia emitida por el escrito haya cumplido con sus funciones informativas o, según el caso, documentales. En este sentido, para esa persona dada, se prolonga la vigencia del contenido del texto, se prolonga su temporalidad.

El texto como elemento providencial

Escojo el adjetivo *providencial* por dos razones. La primera es de índole etimológica: remedio, medida externa o interna a . sotros que cubre un área de incógnitas o de problemas. Tomamos providencias, nos implementamos, nos pertrechamos con conocimientos que nos permiten realizar plenamente nuestras tareas. La palabra escrita, el texto que leemos, muy bien puede, en medio de nuestras dudas, proveer la solución, la explicación; puede erigirse en remedio a nuestras dudas vía la reflexión. Por otra parte, el pensamiento recién adquirido nos conduce al conocimiento y a la acción. Antes no “sabíamos” y ahora sí; antes no entendíamos y ahora, una vez leído y meditado el texto, llegamos a conclusiones. Y si poseemos el conocimiento, podemos prever nuestras acciones futuras, manipular la realidad, maniobrar en ella. El texto adquiere, por tanto, una importancia vital, singular. Se erige en “proveedor”, en providencia.⁴ Asimismo, el texto bien puede ser un indicador del sentido, de la orientación, de la dirección que deben tomar nuestras acciones.

La otra razón se refiere a la *trascendencia*, a una cualidad que





posee la palabra escrita (la literatura, en su más amplia y estética y filosófica interpretación) para prolongar su contenido, sus formas de expresión, sus "lenguajes", sus visiones en dirección de un más allá de la vida de un individuo y de las etapas históricas de la humanidad. En este sentido, la literatura se inserta en lo que hemos llamado durante muchos siglos el "espíritu" del hombre: su cultura, su conciencia colectiva. Este aspecto de la literatura, esta función providencial de los textos (no importa a qué género pertenezcan o las asignaciones temporales que se les hayan impuesto; no importa que se trate de un modesto instructivo, un manifiesto artístico o una consigna política) se esparce, se difunde por el pensamiento en todas las épocas. Consciente o inconscientemente lo adherimos a nuestra capacidad de lectura y de comprensión y lo hacemos actuar cuando nos internamos en el mundo de los textos, de los libros, de las obras literarias y de las acciones humanas. Nuestro condicionamiento a esta actitud responde perfectamente a las características de una dinámica colectiva que no tiene fronteras en el tiempo o en el espacio, que es acción que no se detiene nunca, que desconoce la autocensura y que no se arredra ante la naturaleza de los materiales que tiene enfrente, sea esta naturaleza religiosa, mítica, artística o científica. Aspecto providencial de la palabra escrita: respuesta, esclarecimiento, explicación, pensamiento, conocimiento.

La comunicación

Si hemos de estar atentos a esa actitud crítica que posee todo hombre por el mero hecho de existir, también hemos de estarlo con respecto a sus anhelos de comunicación. No importa cuál sea el conducto de este impulso por comunicarse (señas, caricias, gestos, miradas, acciones, etc.), el ser humano, como los animales, busca que otros seres lo detecten, lo entiendan, lo tomen en cuenta. En este sentido, el lenguaje posee dos funciones fundamentales: elaborar pensamientos y expresarlos. Ambas guardan nexos indestructibles con la comunicación. A través del lenguaje descubrimos no sólo qué quiere "decirnos" un individuo, sino también cómo nos lo dice. Este cómo (procedimiento, método) nos interesa profundamente, sobre todo si consideramos que ha dado lugar a sistemas específicos, o técnicas particulares del lenguaje, por así decirlo a "modos" de decir las cosas que han originado y configurado géneros, estilos y tendencias. En literatura y en poesía el *cómo se dice* resulta inseparable del *qué se dice*. Lo mismo podríamos afirmar para todos los tipos de texto que llamen nuestra atención, que atraigan a nuestra mirada, aunque en general nosotros permanezcamos más interesados en el *qué se dice* porque conferimos al autor del texto la posesión de algo que quiere ser dicho, expresado; de algo que intenta comunicarnos.

La capacidad de comunicación que tiene un texto interviene,

entre otras características y elementos, en la acción de determinar sus aspectos de temporalidad y trascendencia. En otras palabras: de si un escrito comunica o no, también depende que este escrito sea provisional o providencial. En ocasiones, incluso las cualidades y defectos totales de un texto dependen de si alcanza o no a "comunicar". Es decir: hay textos creados exclusivamente para comunicar, de la manera más funcional y productiva posible, una idea central y a veces una idea única. No son otras las características de, por ejemplo, el manifiesto político, el anuncio publicitario, la consigna, el refrán y el cuento.

La comunicación provisional

Hay cierto tipo de textos con los que guardamos estrechas relaciones y con los que entramos en contacto cotidianamente. Me refiero a aquellos que aparecen en diarios y revistas (artículos, reseñas, reportajes) y que quedan englobados en la tarea periodística. Los objetivos de estos escritos son claros para el común de los lectores e incluso en su forma más elemental, con sólo pensar en sus funciones, podrían ser explicados por los niños o por individuos que en general consideramos "incultos". Siguiendo el orden de las ideas expuestas hasta el momento, podemos afirmar que las modalidades del periodismo también participan de las características generales que hemos descrito para cualquier clase de texto. Un reportero (no sólo el periódico para el que trabaja) comparte con nosotros (lectores) una actitud crítica espontánea y natural porque escoge informarnos sobre una o varias noticias específicas. Asimismo, este redactor de artículos y reportajes manipula, aun sin pensar en ello, sus nociones míticas del lenguaje y de la cultura. Es decir, su postura crítica puede permanecer implícita, inmersa en el contexto de su redacción, pero de todos modos su artículo, su reportaje expresará una posición, una inclinación, una orientación con respecto al fenómeno de que se ocupa. Por otra parte, este mismo redactor llega a perfeccionar, no sólo un estilo que le es propio y un impulso de selección que lo inserta en una línea dada del periodismo, sino también perfecciona un "conocimiento" de sus temas y alcanza una "especialización" sobre tal o cual tipo de acontecimientos y fenómenos. Y, finalmente, también llega a desarrollar su propia capacidad comunicativa, a equilibrar a voluntad su *qué se dice* con su *cómo se dice*. Aunque este individuo esté consciente de que los objetivos de sus textos se localizan en la información inmediata, particular, a veces afímera desde el punto de vista temporal (es decir: aunque el aspecto provisional de sus textos sea más marcado que el providencial), de todas maneras puede suceder que las mismas características de sus escritos logren un grado de trascendencia que sólo el paso del tiempo es capaz de determinar. Como puede apreciarse, tampoco la comunicación provisional, que establece ciertos rasgos

de temporalidad más o menos exactos, se aísla de las fronteras de la trascendencia ni de lo providencial. Para probarlo están los artículos, crónicas, "columnas", reportajes que, escritos y publicados en periódicos de siglos anteriores al nuestro, ahora leemos como ejemplos de profundas ideas y excelente literatura.

Elogio del periodismo

No cabe duda de que son muy pocos los escritores que se alejan definitivamente del periodismo. Esto se debe a que el periodismo (la tarea que consiste en escribir y publicar textos relacionados con acontecimientos inmediatos) constituye una aproximación descriptiva y analítica, objetiva y subjetiva, de la realidad. Asimismo, constituye una expresión muy viva de ella. Estas circunstancias hacen del articulista, del reportero, del reseñista escritores especializados, dueños de técnicas y estilos que les son propios y que requieren para ser analizados, de puntos de apoyo teóricos particulares. Es tan difícil ser un buen periodista como lo es el ser un buen escritor. Sólo un *impasse* crítico y cultural convertido en incultura puede originar el menosprecio que algunos sienten por el periodismo y sus trabajadores. Sólo la falta de lectura o de información puede hacer que algunos intenten ver en el periodismo una labor apartada de la crítica y del desenvolvimiento de la cultura y del lenguaje. La actitud de aquellos que, *per se*, desprecian y/o denigran al periodismo se asemeja a la actitud (falsa moralidad cómplice) que sostiene la inoperante alta pequeña burguesía, según la cual no debe haber participación política porque "toda acción política es mala, se halla contaminada".

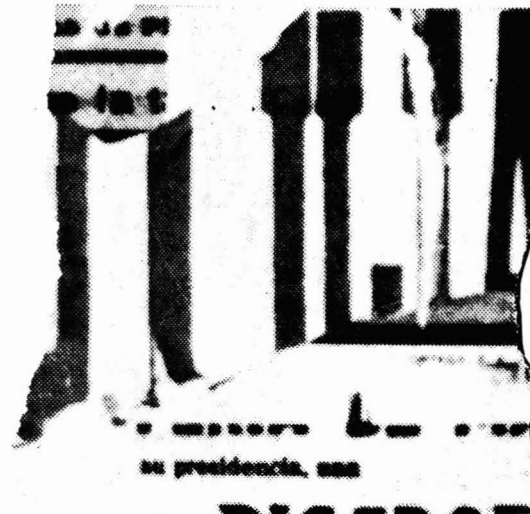
El periodismo y la crítica

Conforman un mismo cauce de la cultura. Los que se quejan del aspecto publicitario del periodismo ignoran que esta actividad cubre el primer paso de la crítica: la información. Por lo menos. Al informar, el periodista conduce al lector en dirección del libro o del fenómeno artístico y cultural. Y ése es también el primer objetivo de la crítica, pues la capacidad de discernimiento y de convencimiento del crítico especializado llegará a trascender sólo hasta el límite que le marque la capacidad de reflexión y selección del lector.⁵

Los vértices de la crítica o tres actitudes-límite

Consideramos un triángulo deformable. Sus vértices son *la desesperación* (tensión, angustia, deseo de cambio, tendencia al absurdo, a lo incomprensible, ira, lucha de clases, desproporción, pasión, desmesura, etc.), *la creación* (armonía o intento de armonía, poetización, búsqueda de equilibrio, intento de comprensión a través de la sensibilidad, análisis por etapas, cada una entregando subproductos, etc.) y *la investigación* (lúcida y rígida actitud científica, datos e información a la mano, penetración, documenta-





ción exhaustiva, aplicación de métodos eficientes y probados, ninguna idea definitiva antes de las conclusiones que proporciona la observación actitud racional a toda prueba, sistematización de datos, etc.). El triángulo es deformable porque en el espacio configurado por sus vértices pueden ocurrir las interpolaciones, las mezclas, las superposiciones propias de la experiencia crítica. Por ejemplo: un especialista en lo que se ha denominado la ciencia literaria (que parte del tercer vértice, del vértice de la investigación) puede recurrir, en alguna de las etapas por las que transita al analizar una obra, v. gr., una novela como *Cien años de soledad*, al desenvolvimiento de una "corazonada". Por ejemplo, descubre líricamente que el árbol al que se encuentra amarrado uno de los personajes guarda similitudes (si se quiere fantasiosas) con el árbol del bien y del mal que en el *Génesis* propicia parte del desenlace fatal que significa la salida ineludible del Paraíso. Probablemente este investigador rígido, de mentalidad científica, sólo llegue a esbozar su idea de la similitud entre ambos árboles (y sólo llegue a redactar una o dos páginas con respecto a este encuentro con la fantasía analógica) de una manera primitiva, elemental. Sin embargo, la interpolación de esta idea que se aparta de la secuencia "científica" por la que guardaba respeto su autor, bien puede sugerir que los límites racionales quedaban rotos por medio de una asociación de imágenes: árbol al que permanece atado un hombre que es el Hombre con mayúscula y árbol al que, simbolizando el pecado, queda atada la especie humana. Otro ejemplo: un crítico "creativo", un crítico que escribe ensayos "interpretativos" sugiere tendencias lesbiánicas en las expresiones poéticas de Sor Juana. Sus suposiciones se han fundamentado tan sólo en determinados adjetivos que con insistencia utiliza la gran poeta. Sin embargo, una lectura marginal le ofrece un dato (corroborado) de ciertas condiciones familiares o sociales que obligan a Sor Juana a asumir una actitud que, si bien no resulta declarada y francamente lesbiánica, sí puede explicar una tendencia inconsciente de la escritora que la impele a enfrentarse a los sabios de su época y su tierra, sabios que, como todos sabemos, son del sexo masculino. La imposibilidad de Sor Juana de compartir esta actitud hostil en contra de los hombres (como sucede en la actualidad dentro de algunos grupos organizados de mujeres militantes), resultará un dato psicológico que el crítico "interpretativo" podrá desarrollar sobre bases y datos concretos. Y así sucesivamente.

No todas estas mezclas e interpolaciones sobrevienen en la conciencia del crítico. Muchas veces el escritor descubre sus inclinaciones o versiones una vez que ha terminado de redactar sus elucubraciones. Lo mismo sucede al artista, al creador: en ocasiones sólo al terminar la obra se percata de los elementos que aparecen con claridad en torno a un elemento, a un tema, a un momento, a una circunstancia, en fin, en torno a un sujeto de análisis por el que se siente atraído o predisposto en contra.

El otro vértice, el de la angustiosa expresión, resulta interesante en cuanto que da cabida a ese tipo de crítica militante, preocupada por una situación social de cambio. Responde, en general, a una necesidad de participación ideológica que se manifiesta fuera de los cauces académicos y culturales establecidos. Asimismo, es airada respuesta de jóvenes generaciones que se ven marginadas del acontecimiento literario y social. No todos los representantes de este tipo de crítica terminan por madurar un "estilo" o un *corpus* crítico, pero algunos de ellos sí acaban por intervenir en el asentamiento de corrientes e ideas. Ni la sobrevaloración ni el menosprecio de sus textos críticos resulta aconsejable pues en el interjuego de las opiniones (esa "movilidad" indispensable del triángulo de la crítica) sobreviene la integración de los registros y de las conclusiones. Y es en este vértice de críticos aislados de la "creación profesional" y del producto académico en donde aparecen elementos saludables de renovación y superación de la crítica "establecida" y de la cultura "reconocida". En este tipo de crítica inmersa en la desesperación, la mentalidad mítica ha dado la vuelta: percepciones abiertas hacia lo desconocido y hacia el futuro, hacia el cambio, hacia el espacio que azuza a un *corpus* que, maltrecho, se ha erigido en mito momentáneo.

Notas

1 *Mythos* jamás ha sido completamente abolido por *logos*; *mythos* ha persistido a través de todas las épocas hasta el presente. Ya no puede ser abolido por la razón, de la misma manera que los más profundos y elementales fundamentos de nuestra existencia no pueden ser penetrados completamente por el pensamiento racional" (Erich Kahler, "La persistencia del mito", en revista *Diálogos* núm. 41, El Colegio de México, sept-oct. 1971. Posteriormente apareció en *Nuestro laberinto*, colección de ensayos de Erich Kahler, Fondo de Cultura Económica, 1972).

2 Mi ensayo "Cultura y visión tecnológica" (*Diálogos*, núm. 60, El Colegio de México, nov.-dic., 1974) se refiere a algunos aspectos (principalmente los del "conocimiento" estético) de esta uniformidad.

3 "El problema de los orígenes del arte, la escritura, el derecho y la ciencia nos hace remontarnos en la misma medida a una etapa e indiferenciada de la conciencia mítica. De este englobamiento y abigarramiento fueron desprendiéndose paulatinamente los conceptos teóricos fundamentales del conocimiento (los conceptos de espacio, tiempo y número), los conceptos jurídicos y sociales (como el concepto de propiedad), así como también las nociones económicas, artísticas, y técnicas" (Ernst Cassirer, *El pensamiento mítico*, Fondo de Cultura Económica, 1972).

4 "El término 'prudencia' se halla etimológicamente relacionado con el de 'providencia'. Significa la capacidad de prever sucesos futuros y de prepararse para necesidades futuras" (Ernest Cassirer, *Antropología filosófica*, FCE, 2a. reimpresión, 1974, p. 89).

5 Para ampliar estas ideas sobre las funciones de la crítica, véanse: "El escritor y sus problemas", "La crítica: objetividad y comunicación" y "¿Qué sucede con la crítica literaria en México?", en *Revista mexicana de cultura*, Suplemento de *El Nacional*, respectivamente 6 de abril de 1969, 27 de diciembre de 1970 (núm. extraordinario) y 22 de octubre de 1972).